

En real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y á los portres meses, en las provincias franco el parte.

LA CRÓNICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y 10 rs. por trimestre para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISOS.

Ha concluido ya de repartirse en Madrid y en provincias el tomo 5.º de la *Revolucion Francesa*, y el 2.º de los *Misterios de París*, pertenecientes ambos á la *Biblioteca Popular*.

De la *España Geográfica* se han repartido ocho entregas en Madrid, y hasta la once en provincia.

EL ASNO MUERTO

Y LA MUJER GOLFOTIVADA.

(Continuacion.)

Al entrar la noche comenzaba mi regocijo: me iba solo á la puerta de los teatros y veía á muchos entados arrebatarse un puesto para aplaudir á un envenenador ó á un diablo, á un parricida ó á un leproso, á un incendiario ó á un monstruo; y veía circular hombres sin otro oficio que el de ser alternativamente ladrónes, gendarmes, plebeyos, ricos-hombres, griegos, turcos, osos blancos, osos negros, cadáveres, todo lo que se les mandaba, sin contar que habían representado á sus mugeres y á sus niños pequeñitos y á un decrepito abuelo, y sin contar que tenían vanidad y se habían apropiado un nombre y una individualidad, como los antiguos gascones hacian con el título de monseñor. Placer tan espantoso é inumundo me repugnaba, pero entraba en mi sistema observar el mundo divirtiéndose, riendo, viviendo, teniendo actores, actrices, un apuntador, y hombres de un ingenio espresamente destinado á destilar por el canon de su pluma el crimen y el robo.

En seguida recorría los paseos, é iba observando en todas sus fases las malas costumbres parisienses, que partiendo de la Bastilla, comienzan de una manera vergonzosa. Muéstranse en aquel sitio por entre los labios de un muchacho que entona alguna canción obscena para divertir á la gente del puerto y á los empleados de las puertas. Mas adelante cambia de faz: delante negro, media

blanca de algodón, cõfia redonda, mirada modesta y furtiva, andar lento é inquieto casi rozándose con las paredes de los edificios como si temiese el contagio de un apestado. Un poco mas adelante se presenta adornada, descubierta, peinada, con cancioncillas entonadas por una voz ronca, en falso, con alfileres y ámbar y sin necesidad de pagar contribuciones; despues viene la inmoralidad del hombre jóven; pañuelo de cachemira, treinta y seis años, coche alquilado, asiento en un teatro de segundo órden, y un estudiante arruinado para todo un trimestre; finalmente, mirad la del hombre opulento, una muger jóven y bella, seductora y ataviada, con cabellos hermosos, en una palabra una bailarina, y los aplausos comprados que resuenan hasta la resplandeciente bóveda. Llega la hora de la prostitucion completa; consideradla y levantad la cabeza; ¿de donde sale ese ruido? de las casas de juego y de disolucion. En lo alto de aquella torre hay un hombre que está fabricando moneda falsa; en aquel ángulo oscuro está una muger desacreditando á su marido y un hijo robando á su padre. Escuchad: ¿qué espantoso ruido un cuerpo pesado acaba de caer desde el perfil del puente á las aguas del Sena; quizá era un jóven; la corriente le arrastró; pasado mañana se le encontrará en la presa.

Y en efecto tres dias despues de esta escena, le encontré yo en la Morga. He aquí como de las sensaciones incompletas y del horror bastardo vine yo á dar en un horror que comenzaba á ser mas verdadero y mejor sentido.

CAPITULO IV.

La Morga.

Turba sin nombre—
Virgilio.

Por mas que yo me distraia así, sentia siempre en el fondo del alma cierta cosa, como si echára algo de menos; faltaba á mi nueva vida un objeto, una heroína, en una palabra la unidad; faltábale la muchacha de Vanvres. Una mañana al volver de una esquina me encontré con el objeto deseado.

Ya no llevaba su ajado sombrero de paja, ni era aquella su tez fresca y colorada; ni aquellos los brazos que empataba y robustecía el sol; pero ni sus guantes, ni su calzado algo traído, ni su sombrero nuevo, ni el crujir de su vestido de seda, ni su paso contenido me impidieron conocerla; era Enriqueta. Andaba con dignidad, miraba con precaución, bajando la cabeza y lanzando ojeadas furtivas; aunque se iba deteniendo en todos los almacenes de modas y donde quiera que había algo que ver, parecía sin embargo tener prisa y querer andar con celeridad, pero el momento aquel era más fuerte que su voluntad y la subyugaba enteramente. Por lo demás, su aire modesto, su paso decoroso, y la reserva algo afectada de toda su persona me dieron á entender que era una mujer perdida.

El camino fué largo. Al extremo de la calle de Santiago había un grupo considerable de gente: tratábase de una venta en pública subasta. La turba de los mercaderes sitiaba el interior y la puerta de la casa; de cada lado de la calle se veían estendidos y separados todos los artículos ordinarios de los mercaderes ambulantes; algunos espejos nuevos, libros viejos de devoción, los objetos más sucios de la vida común, y algunas pinturas sin marcos. En lo interior de la casa se notaba un espectáculo doloroso: la víctima era un cultado, preso por deudas, á quien estaban vendiendo todos sus muebles, aquellos muebles de ningún valor tan preciosos para él, aquella pobre pade constituida su haber entera, la dura cama que fué su cama de boda, la mesa de pino sin pintar sobre la que escribía sus libros, el sillón viejo que vió morir á su abuela, el retrato que él había sacado de su muger, y buenos grabados clavados tristemente en la pared con alfileres. Todo esto se hallaba en manos de la justicia, y la justicia estaba representada por una voz chillana y por otras varias voces que pregonaban la venta. Todo se vendió, hasta el canario cuya jaula se veía colgada; solo el perro del infeliz no halló comprador por ningún dinero; el perro y el niño del deudor se quedaron en un rincón sin que la justicia pensase en ellos! Necesitábase una hora para despojar á aquel desventurado de todo según las fórmulas; y nadie paró su atención en tanta miseria, en tanto abandono, en los cerrojos de santa Pelagia, en los cinco años de prisión que pesados, debían restituir al encarcelado una vida sin asilo, á una libertad sin recursos; nadie pensó en aquel niño... nadie, ni aun la jóven Enriqueta. Habíala yo estado observando largo tiempo, sin ver en todas sus facciones un solo movimiento de compasión, una sola señal de piedad, nada del alma; salió de la subasta como de una función dada de valde, levantándose sus anchas mangas y pisándose de nuevo á los veinte pasos, enfrente del despacho de la policía á donde dos cochetes conducían á un mendigo, privado ya de la patente para mendigar.

Hasta aquel día fatal el pobre había sido el

mas feliz de los mortales, mendigando toda su vida. En la infancia había alargado su manecita á cuantos pasaban á su lado, sentado tranquilamente en los escalones del Puente Nuevo, entre una jaula llena de perros y una revendedora de decretos republicanos; ya jóven había tenido el talento de ser asaz contrahecho para abstraerse á la gloria militar del imperio, y mendigaba en nombre del trono perdido y de las desgracias de la antigua nobleza; vueltos los reyes á la Francia, se hizo soldado de Ansterlitz y de Arcola, y alargó la mano en nombre de las glorias francesas y de los desastres de Waterloo; de manera que jamás le había faltado la caridad pública. La historia contemporánea era para él un manantial inagotable de caridades abundantes y de limosnas respetuosas; y cuando concluía la cobranza de su impuesto, se quedaba inmóvil en medio de cualquiera plaza burlándose interiormente de la precipitada carrera de tantos hombres como se dirigen á un fin desconocido, y corren sin aliento en pos de no sé qué felicidad, que él había hallado tan fácilmente permaneciendo siempre en el mismo puesto. Estaba él orgulloso con su vida como un sabio del siglo XVI; verdadero sabio en efecto que había adquirido la dicha que estaba á su alcance; sirviendo por lo demás al estado con todos sus recursos, y enriqueciendo á su modo á la patria á fuerza de pagar contribuciones indirectas, porque todas las mañanas se abandonaba gustoso á largas é interesantes libaciones, muy provechosas para los derechos de puertas. Además al medio día, cuando brillaba un sol hermoso y reinaba un aire tranquilo y puro, él se solazaba con su pipa pequeña y negra, embriagándose con los vapores del tabaco; y rodeándose de las imágenes risueñas de un ondulante humo tan beneficioso para los estancos; y como por otra parte su comida se reducía de ordinario á carnes saladas, opinaba con razón que él era el ciudadano más útil de la Francia, supuesto que consumía más que otro alguno, vino, tabaco y sal, que son los tres artículos más útiles para un gobierno representativo. Lo cual no estaba mal pensado para un mendigo como él.

Así es que quedó aterrado, cuando le anunciaron que en adelante tendría alojamiento, comida, cama y ropa lavada, sin necesidad de mendigar.

Nosotros le vimos pasar hacia el hospicio de los mendigos; su rostro no había perdido todavía la serenidad, su actitud era tranquila, y á basele una nobleza triste, mas como al fin se trataba de su libertad, me dió compasión. Enriqueta volvió á otra lado los ojos con indiferencia, y continuó su camino; yo la seguí y llegamos ambos á la Morga.

La Morga es un edificio pequeño, colocado á guisa de ventanilla enfrente de un hospital, y cuyo techo de media naranja cubren yerbas marinas, y una planta siempre verde que produce un efecto encantador. Distinguese la Morga desde muy lejos, y estrellanse á sus pies oleadas de aguas negras cargadas de inmundicia. La entrada del edificio

es libre para todos, su baja puerta está abierta constantemente, y sus paredes no cesan de gotear; en medio de aquella soledad hay cuatro ó cinco insas anchas, sobre las cuales se hallan recostados ordinariamente otros tantos cadáveres; algunas veces, en las épocas de mas calor y en todas las que se ven melódranas nuevas, los cadáveres se encuentran á dos por losa. En aquel día no había mas que tres en el edificio: era el primero el de un anciano que se habia roto la cabeza á consecuencia de una caída dada desde un tercer piso, en el momento de cesar su jornal y de ir á cobrar su corto salario, inevitablemente el infeliz despues de largos años de trabajo se habia debilitado en demasía para ejercer su penoso oficio; las *camaldras* de la vecindad, que encontraban en la Murga una deliciosa reunión para charlar y divertirse, contaban que de tres hijos, que habia dejado el anciano, ninguno habia querido reconocerle teniendo á los gastos del entinro. Al lado del pobre atañil yacia un muchacho, rebentado por el carbaje de una actriz de la ópera, y oculto en parte debajo de un cuerpo negro y húmedo que cubría su aucha herida; no parecia sino se que habia dormido olvidandose de la leccion y de las disciplinas de su maestro de escuela; encima de la cabeza le habian colgado la gorra, el cartapacio verde, la blusa bordada manchada de polvo y sangre, y la ceatilla del almuerzo. En medio del recluto, sobre una piedra separada se veía un jóven ahogado, livido, con lujosas ropas encima de su cabeza, Enriqueta se detuvo delante de él, y sin cambiar de color se dijo á sí misma: ¿el es!

Y en efecto él se habia quitado la vida por ella. ¡Por ella habia olvidado su gótico castillo, su vasto condado, su porvenir en la camara de los lores de Inglaterra, su nombre que la America no pronuncia sin bajar la cabeza! ¡Es qué él la habia visto como yo sobre Buché; la habia visto en su belleza virginal, y bajo formas tan puras habia creído hablar un ángel! Ella no dijo mas palabras que estas: él es; y en seguida, bien segura de encontrarse ya libre, hubiera salido de allí sin detencion, si de repente no hubieran entrado dos jóvenes. Uno de ellos tenía el aire amignonado de un criado de casa rica, y era nada menos que un sabio precoz; el otro parecia un gran señor, y era el lacayo del muerto.

A la primera ojeada conoció el segundo á su amo; habíase los dos criados juntos, juntos habian atravesado todos los bosques del condado de Kent; la casa del amo era la del criado, el amo no disfrutaba de mejor fuego que el criado, de mejor asado de vaca, ni de mejor cerveza; eran hermanitos, el uno tanto como el otro. El lacayo se paró á los pies del muerto, sumergiéndose lentamente en su dolor mudo, mientras que la turba imbecil é inoble daba muestras de no comprender nada de aquella silenciosa desesperación.

Precisamente aquel día se celebraba en la Murga el cumpleaños del guarda; su familia y sus amigos estaban sentados á la mesa; cantabante cu-

plas compuestas para el espresamente, y él se abandonaba con toda su alma á la embriaguez común; sin embargo, de tiempo en tiempo alzaba la cortina encarnada de su comedor para asegurarse de que nadie iba á robarle sus muertos.

Al fin el jóven que habia entrado con el inglés acercándose á este le dijo:—¿Queréis volver á ver de pié á vuestro amo?—¿á mi amo! respondió el inglés.—Sí, á vuestro amo, de pié derecho y abriendo los ojos, ¿lo queréis?—El inglés le miraba con un aire tal de incredulidad inquieta y dolorosa, que cualquiera hubiera creído ver tambien en él á un hombre del otro mundo.—Esta noche, continuó el desconocido, llevadme ese cadáver á las nueve, y yo enseñaré mi palabra.—El inglés cogió temblando la tarjeta con las señas que el otro le presentaba, y como vencido por tan conñada y solemne promesa, respondió: ¡Ay!—Parecia un hombre desesperado que firma su sentencia de muerte. Entonces el desconocido, Enriqueta y yo, como si hubiésemos estado de acuerdo salimos á un tiempo de la Murga.

Apenas fuera de ella, me dirigí al jóven; ya no pensaba en Enriqueta, porque ocupaba enteramente mi imaginacion el cadáver que el desconocido debia hacer resucitar aquella noche.—Caballero, le dije sin embarazo, me tomo la libertad de suplicaros que me admitais esta noche á ver el milagro que habeis prometido.—Con mucho gusto, caballero, respondió el muy cortesmente, y creyendo que Enriqueta iba conmigo, se volvió hácia ella; pero yo no oí su conversacion, y parándome de repente, dije para mi no sin sentir licriársame el cabello: ¡ánimo! ¡He aquí un gran pasado en la via del horror!

CAPITULO V.

Galvanismo.

Si no es imposible, puede ser.
SCHLIZ.

Preparéme para la noche, pues me encontraba desconcertado como si fuese á asistir á un homicidio. En materia de crímenes tengo yo una teoría que pudiera dar asunto para un libro voluminoso. Ya me imaginó que si á todos los hombres fuese dable hablar aposentos vastos y grandes, estarían menos espuestos al crimen y mas sujetos á los recordamientos. En estos tiempos todo lo hemos achinado; entiérrase á un hombre en un espacio de seis pies de largo y seis pies de ancho; el mismo reduce todavia mas tan pequeño espacio con cuadros risueños como el sueño de un niño, con libros empolvados y con estatuas inmudas; ahógase bajo el lujo y el producto de las artes para ballar á cada movimiento de cabeza una distracción nueva; situado así, ¿cuál será el medio de tener un pensamiento de virtud ó de terror? ¡Habladme de un vasto aposento donde apenas entre la luz y cuyas paredes estén cubiertas de negras tabla.

de encima! En él todo es solemne; en él un eco perdido repite lentamente el menor latido del corazón; en él se siente en toda su fuerza la debilidad propia, la debilidad de un ser que no puede llenar la medida que ocupa; en él el silencio mismo tiene su lenguaje. Por mi parte ¡yo temblaba, tenía miedo! pero partidario decidido de lo terrible. ¿Cómo rehusar esta ineludable postrera? ¿Saber el griego y no leer la Biblia! Dieron las nueve y partí.

Mi caballo corría, el camino me parecía largo; pero llegado á la puerta, el camino me pareció demasiado corto: la casa tenía buena fachada; subí á ella y en un salon bien alumbrado encontre á algunos jóvenes de buen humor, al dueño que me recibió saludandome, y á Enriqueta medio recostada sobre un canapé, como si hubiese sido el ama de casa.

La conversacion era muy animada y muy alegre, hablábase de todo y con gusto; parecia aquella una reunion convocada para divertirse; cuando de repente oímos unos pasos cansados en la escalera, un fuerte ruido en la puerta, y el rechinir de las dos hojas del salon que se abrieron; era el joven de la Morga. Traía sobre sus hombros el cuerpo de su amo, y en la mano izquierda un bulto bastante voluminoso; como no halló nada preparado para recibir el cadáver, frunció las cejas, y sobre el mismo canapé en que estaba recostada Enriqueta depositó su carga preciosa, de manera que la cabeza del ahogado, descansaba al lado de la joven en el mismo cojín.

Quedose con el segundo paquete debajo del brazo, paquete en el cual guardaba la pierna del cadáver separada del tronco por la descomposicion natural. —Vuestra operacion será así mas bella, dijo, acercandose al dueño de la casa.

Entre tanto se estaba preparando una mesa, cubierta antes de periódicos, de grabados y de música nueva, por lo cual se invirtió en ello algun tiempo. El inglés que se habia vuelto hacia el sofá, no soltaba el paquete de debajo del brazo.

Luego que todo estuvo dispuesto, colocóse el cuerpo sobre la mesa, acercóse al tronco el miembro que le faltaba, y el joven elegante se puso á operar.

El cadáver se levantó, sus dos mandíbulas chocaron entre sí, la pierna arrancada volvió á caer pesadamente sobre el suelo, á este duro golpe el piano despidió un lastimero sonido, y se caió!

El inglés estaba fuera de sí; lanzó un grito de alegría, pero acercandose á su amo volvió á hallar un cuerpo inanimado; cogió su mano, pero aquella mano estaba fría; restregóse los ojos como si se hubiese sentido atormentado por un sueño cruel, y quiso huir. Yo le seguí sirviéndole de apoyo, y al llegar á la puerta, volviéndose hacia el sahio con una mirada amenazadora le dijo. —Caballero, volveré á buscar á mi amo mañana al medio día; me respondeis de él con vuestra cabeza, le quiero todo entero.

Y salimos.

En la escalera creímos derribar á un criado de la casa que subía con una ponchera para que bebiesen el dueño y sus amigos.

CAPITULO VI.

La señora de la Inclusa.

Señor, es una señora.
MAGDALENA.

Eclárame yo en cara á mi mismo los progresos demasiado rapidos que hacia en el horror, no siendo tal el sistema de los antiguos que en materia de dolor eran maestros, y debiendo limitarme á sus grandes obras, supuesto que el dolor moral es mucho más poderoso en emociones vivas y fuertes que el dolor físico, pues nunca la operacion de la piedra ó la del trépano, han llegado á hacer un drama; por lo cual resolví ser mas alegre en adelante.

Pero pronto volví á mi estudio favorito; la sociedad en que vivimos es demasiado egoista para que las desgracias del prójimo puedan hacernos miel; la compasion nos encuentra tan insensibles como al egoismo; contentarse hoy con pasiones del antiguo mundo poético, es borrarse del número de los vivientes en una sociedad que cansada de pedir emociones á los héroes de la historia, no ha encontrado otra cosa mejor para distraerse que presidarios y verdugos. Por consiguiente volví siempre á mi primer cálculo.

Sin estos penitentes dolores, me decía á mi mismo suspirando, yo no podía llorar, ¡yo tan joven renunciar al deleite de las lágrimas! ¿Concedis esta desgracia? ¿ni una sola emoción esterior, todo adentro, como un peso que oprime el corazón! ¡Un hombre muriéndose de sed, con una botella en la mano llena de un líquido bienhechor, y sin poder beber una gota siquiera para refrescarse!

Y luego yo queria saber en que vendría á parar la heroína de mi libro.

Pero ya era gran señora, gran señora; se habia hecho señora de la Inclusa por ser algo, y en todas las fiestas solemnes la veía yo, precedida del suizo de rigorosa uniforme, llevando en su blanca mano adornada de diamantes, un bursillo de terciopelo morado, apelando con una sonrisa á la vanidosa caridad de los hombres, y con un saludo á la mezquina caridad de las mugeres. Un día entró en mi casa á hacer la colecta, y afortunadamente yo estaba solo.

Éran las dos, un ardiente sol de estío abrasaba mi acera, mis ventanas estaban casi cerradas, tenia sobre mi mesa un hermoso ramillete de rosas, mi habitacion se hallaba fresca y brillante, iluminada solamente por un alegre rayo de sol que veneceder de todos los obstáculos, blanco y azul como mis cortinas, iba precisamente á reposar sobre una graciosísima cabeza de virgen, que cual-

quiera hubiera creído escapada del pincel de Rafael. Entró pues en mi habitación la helada, sola, cubierta de atavíos, y agitando el aire embalsamado del salón, y sobre su frente conmovida volvió á hallar el vivo encarnado que le había visto la vez primera. Ella, que no había parado la atención en mí, hombre del vulgo, venía hoy á mi casa á una hora tan desusada como si hubiese sido de noche: veíala sentada en aquel sifón, á mi lado, mirándome al fin, dirigiéndome la palabra á mi solo... olvidé por un instante todo lo que sabía de ella, para no acordarme sino de ella y de Buchi.

— ¡Con que al fin venís á verme, tierna Enriqueta! la dije haciéndola tomar asiento, como un hombre que habla de una antigua conocida, ó como un hombre que sabe á quien habla y comienza sin etiqueta.

— ¡Enriqueta! replicó ella; ¿sabeis mi nombre de pila?

— ¿Y Buchi? Enriqueta ¿sabeis que ha sido de Buchi?

— ¡Buchi! y quedósememirando, ya porque tratase de recordar si me conocía, ya porque aparentase no acordarse de Buchi; este olvido me partió el corazón.

— Sí, Buchi, repetí yo mas conmovido, Buchi, á quien amabais tanto, á quien abrazábais y besábais con tantos transportes; Buchi, el buen Buchi, sobre el cual galopábais en la llanura de Vanvres, Buchi, que un día os hizo perder vuestro sombrero de paja, Buchi que llevaba el estércol de vuestro señor padre, Buchi á quien yo he visto....

Ella sacó de su bolsillo un librito de memorias forrado de tafletón con cantoneras de oro, y sin responderme dijo:—Yo voy pidiendo para los niños de la Inclusa; ¿cuánto dáis?

— Nada.

— Os ruego que les deis algo por consideración á mí; en la última colecta recogí cuatrocientos ochenta reales mas que la señora de... y me afligiria mucho si ella me venciese hoy.

— ¿Sabeis lo que es un esposo? grité yo con violencia.

— Todavía no, me respondió ella.

— Id á aprenderlo, señora, y entonces, pasando por el camino del hospital, pobre, ajada, trémula, cubierta de vergüenza, volved aquí, llamad á mi criado, habladle de Buchi, y yo daré limosna á vuestro hijo.

Salíose lentamente de mi habitación, mirando su bolsillo con pesar, echando á mi espejo una mirada satisfecha, y á mi ótra que se esforzaba por ser dedesprecio, y que no era nada, ni siquiera decólera: la cólera es la última de las virtudes que piden corazón.

Luego que hubo salido, sentí haberla recibido de aquella manera por la primera vez. ¡Un desaire duro á su primera demanda! Pero había demasiada coqueteria en su petición, demasiada vanidad en su limosna; y ademas ¡ni una palabra de Buchi! — Buchi, ni un recuerdo para ti! — Fria y vana,

egoísta e ingrata, y sin embargo tan linda, ya sabré en lo que vienes á parar, dije entre mí, iré en pos de tus pasos como tu sombra, te seguiré durante tu vida que no debe ser larga; ¡infeliz muger, harto desgraciada, ya para haberte hecho rica de repente! Esa fortuna no puede durar mucho tiempo, el capricho de un hombre te ha enriquecido, otro capricho debe hundirte de nuevo en la nada. Y repasaba yo en mi memoria la historia de la mayor parte de las muchachas que la suerte echa al mundo en la clase baja para que sirvan de juguete á algunos ricos de la tierra, los cuales se hacen de ellas como de un hermoso caballo, y se desbancan despues con igual facilidad.

En consecuencia volví yo á mi teoría, pareciéndome esta mas plausible que nunca: á saber, que la muger es la criatura mas desgraciada de la tierra. En su infancia vegetacion y fastidio; á los diez y ocho años, mil homenajes, un amante á quien ella ama que la da de golpes! á los veinte años, dos amantes á quienes ella engaña y pone á pique de morir desesperados; tres años despues, un imbécil á quien ella arruina, un viejo que la paga con avareña, una arruga que rodea ligeramente los contornos de su boca, los cabellos que se caen y una profunda desesperacion; su juventud ya está perdida, perdida como un sueño, perdida arrastrando tras de sí amores comunes y remordimientos, en seguida la miseria y al fin la infancia, sin otro refugio que el guardacanton de una calle á los bastidores de un mal teatro. Mugeres de estas he visto yo que para vivir se hacian comprar piedras sobre el vientre delante del público, y que habian sido hermosas; y otras se han casado con espías, y sé de una que ha consentido ser muger legítima de un censor de imprenta, cuyo índice y cuyo pulgar estaban todavía encadenados de la tijera. ¡Hacedme favor de decir, si valia para esto la pena de ser hermosa! Y sin embargo ¡es un don tan raro la hermosura! ¡encierra esa sola palabra tanta ventura y tanto amor, tanta obediencia y tanto respeto! Mas para ello es menester conocerse á sí mismo, es menester estimarse en algo, es menester tener un alma. ¡Ah! ¡si me ayudasen las fuerzas para ello, os contaría sobre este asunto una historia lamentable!

CAPITULO VII.

La virtud.

Un nombre.
BRUTO.

De esta manera me puse mas melancólico que antes, inquieto sobre mí mismo, y no sabiendo sin efecto, apesar de todo mi desprecio, estaba enamorado de ella. Traté pues de separarme un poco del camino emprendido, sin perjuicio de volver á él luego que hubiese logrado mayor tranquilidad, y me sumergi en las tinieblas de la metafísica. Hice de ella, segun mi costumbre, una ciencia vistada

de las demás, una abstracción realizada, una jergonza cadenciosa y sonora, pero sin resultado y sin inteligencia para nadie; busqué la causa de las virtudes y de los vicios, y reflexioné mucho sobre la felicidad del placer; un loco no lo hubie-
ra hecho mejor. ¿Donde está la felicidad? pregunté, y volví los ojos hacia los que pasaban á mi lado; cada cual corría detrás de una cosa, nadie iba por el mismo camino, y sin embargo todos se dirigían al mismo fin; no nos movamos pues, dije, y veamos á donde llego yo.

Habíame sentado al pié de un árbol, verdadero quitasol del ardoroso y empolvado camino, cuando en medio de mis reflexiones se acercó á mí un viajero, el cual conocí mas por su monótono ruego que por su mochila y su nudoso palo; ser un andarín vagabundo especie de caballero errante, sumiso y lisongero desde la mañana hasta la noche. Como alumbraba el sol á la sazón, se me llegó cortés-
mente rogandome le prestase un poco de sombra, y sin aguardar mi respuesta se sentó con desembarazo, sacó de su mochila pan y una calabaza con vino, y se puso á apurarla lentamente, lanzando de vez en cuando un profundo suspiro como para no perder la costumbre. Ocurrióseme que aquel hombre podía ser para mis investigaciones un auxilio precioso, y con aire de interés le dije:—Hermano, ¿sabéis que cosa es la felicidad?

El me miró abriendo los ojos en demasía, se tragó, antes de responderme, un buen bocado y díjome al fin:—¿La felicidad! ¿de qué felicidad hablais?

No me aguardaba yo esta pregunta que me embarazó, y para dispensarme de responder á ella, repliqué:—¿Con que admitis muchas especies de felicidad?

—Sin duda alguna: mil especies de felicidades he sentido yo desde que vine al mundo; de niño, tuve la felicidad de tener una madre, cuando hay tantos que ni padre ni madre tienen; de joven, tuve en Bristol la felicidad de que no me cortasen sino una oreja cuando merecía que no me hubiesen dejado ninguna; siendo hombre, he tenido la felicidad de viajar á costa del público, y de instruirme en los usos y costumbres de todos los pueblos; mirad si tenéis ahí abundancia de felicidades.

—Os entiendo, amigo; pero todas esas felicidades no son mas que fracciones de felicidad, especies diversas de una sola familia: ¿cómo concebís la felicidad general?

—Como no hay vagas en general, no puedo responderos. Solo he observado en el curso de mi vida, que para un hombre sano, la felicidad estri-
vaba en un vaso de vino y en un pedazo de carne; que para un hombre enfermo, consistía en estar acostado solo en una buena cama del hospital.

—Con esa vida de privación y de aislamiento, han debido atormentaros muchas pasiones diversas.

—Las he sentido terribles, me dijo en voz baja acercándose á mí; primeramente, he amado los árboles frutales y las parras del otoño, he adorado

los tapenes de las botellas y las tabernas, he hecho mil locuras por un poco de dinero; despues, me acuerdo que he pasado cuatro largas noches de invierno aguardando unos miserables calzones de terciopelo; y he estado á pique de ir á galeras por un inocente mulo cuya cuadra había escalado. Hoy todas esas pasiones se han alejado ya de mí, añadí robándole el pañuelo del bolsillo mientras que yo le escuchaba con atención.

—No os preguntaré, continué yo con un tono lamentable de compasión, si habeis sufrido pesadumbres en vuestra vida.

—No hay pesadumbre que no ceda á una baraja, respondió él con sonrisa y disponiéndose á invitarme á jugar.

—Habeis tenido amigos, hombre honrado?

—Uno tuve á la edad de diez y nueve años, y le rompí el craneo por la criada de un bodegon; en Bristol tuve otro, é hice que le ahorcasen por salvar mi segunda oreja; y ayer mismo tenía otro, á quien le gané la mochila, el pan y el pasaporte; siempre he tenido amigos y siempre los tendré.

—Hablando viajado tanto ¿habeis visto de mas extraordinario?

—He visto en Bristol romperse la cuerda de una horca con el peso del paciente; en España, he visto á un inquisidor resistirse á quemar á un judío; en Paris, he visto á un espía de la policía dormirse á la puerta de un conspirador; en Roma, he comprado un pan que pesaba una onza de mas. Eso es todo lo que he visto.

—Vos que tan perfectamente sabeis lo que es la felicidad, ¿sabéis por casualidad lo que es la virtud?

—No sé nada de eso, respondió.

—Lo siento, repliqué; me hubiera interesado mucho vuestra definición. Y volví á tomar mi aspecto meditabundo.

—Un instante despues me encontré con el mendigo de pié derecho, en frente de mí, con un palo en una mano, y haciendo con la otra un ademán solenne.

—Nostramo, me dijo, ¿porque desesperaros así? Si no sabemos el uno ni el otro, que cosa sea la virtud, personas habrá tal vez que lo sepan; yo las interrogaré, si queerais, y si creéis que el señor prefecto de policía lo permita.

—Interroga, le respondí, y pierde cuidado; pedir á un hombre la definición de la virtud, no es pedirle la bolsa; y solo esta última interpelacion puede ser indiscreta.

El vago se adelantó hasta la mitad del camino real con la osadía de un pícaro que se ve apoyado por un hombre de bien, estrinando las piernas, con la cabeza alta, los ojos fijos, y su gran boca usaz entrecabierta para enseñar una enorme dentadura que habíame hecho honor al mas hábil dentista.

En esto pasaron dos hombres: el uno era un usurero y el otro su víctima:—¿Que cosa es la virtud? les gritó el vago con una voz de trueno.

—Dinero al veinte y cinco por ciento, respondió.

el primero: un viaje á Bruselas (1) respondió el segundo y siguieron su camino.

Volvióse el mendigo hácia mí, para saber si debía continuar su tarea, y yo le hice una señal afirmativa, al mismo tiempo que llegaba otro viajero.

Era este un antiguo habitante de las galeras, que había cumplido sus años de pena, y que tenía todavía ciento cuarenta y seis reales de virtud en el bolsillo, (2) fresco por lo demás, alegre y hombre á toda prueba. El mendigose llegó á él con cariño diciéndole:—Buen viaje, camarada; pero, antes de pasar adelante, ¿sabeis qué cosa es la virtud?

—La virtud, camarada, es un tribunal criminal, una sentencia, diez años de galeras, el palo de un comitre, y dos letras sobre las espaldas (3) que no deben reinvársese: esta es la virtud.

—Bien dicho, replicó el preguntón; si quieres ser viajero como yo, comerciaremos juntos, tú entiendes perfectamente la virtud, para que yo te deje. Y ya iban á comenzar sus correrías, cuando los detuvo un gendarme que á todo correr venía á caballo hácia ellos.—¿Qué cosa es la virtud? le gritaron ámbos.

—La virtud, respondió él, está en unas buenas esposas, una buena camisola de fuerza (4) y un buen calabozo con triple cerradura. Y mandóles echar á andar delante del caballo.

He ahí cómo aprendi yo lo que es la virtud.

(Se continuará.)

EL ELEFANTE.

Los cochinchineses muestran por el elefante cierta especie de predilección respetuosa, probablemente inspirada por la extraordinaria inteligencia de que este animal está dotado, y por los grandes servicios que presta en estado de domesticidad, á que se reduce antes por astucia que por fuerza. Así que los cazadores han conocido por ciertas señales el árbol en que un elefante silvestre se apoya por la noche para dormir, lo aserran casi en toda la circunferencia en su mismo pie: por la noche va el animal confiado á tomar su ordinario descanso; así que, y mientras hace varios esfuerzos para levantarse, logran colocarlo atado fuertemente entre dos hachas, cuyas fuerzas reunidas y los golpes de sus tropas pronto logran domar su fuerza.

(1) Bruselas es el refugio de los que hacen quiebras y bancarotas en París.

(2) Ayuda el autor á la medida que se entrega á los presidiarios al cumplir su condena.

(3) La marca antigua de los condenados á sufrir la era T. F. (los ojos forrados.)

(4) La camisola de fuerza es una camisa de lana, muy fuerte, con mangas mas largas que los brazos, que cubre desde el pescuezo hasta la mitad de los muslos, abierta por la espalda y con la que se sujeta á los presos de quienes se recela algo, ó á quienes quiere castigarse, abrochándola como un corsé. Tal es la fuerza de la camisola que el paciente no puede moverse.

Desde luego el elefante, cuido en una profunda zanja cubierta de hojarasca, no recibe ningún alimento, hasta que debilitado por un largo ayuno, se deja encadenar, y es conducido por dos hembras al cercano establo.

Empieza entonces un nuevo género de vida. Pasados algunos dias de descanso, recibe los cuidados de un *cornac*, cuyas lecciones, dadas con blandura, cantivan en breve el afecto del animal. El cochinchinés, montado sobre la estensa espalda de su discípulo, á quien no puede dejar un solo instante, lo conduce fuera del establo á los pastos ya señalados. Con cuántos testimonios de afecto, y pruebas de un instinto tan dócil como admirable, no recompensa el elefante á su *cornac* de las trabajos y raros momentos de impiedad que le puede haber causado! Miradle á todas horas del dia: cuando conoce que su conductor se halla dormido á causa del calor ó la fatiga, suaviza sus movimientos y respira sin hacer ruido por temor de despertarlo. Otras veces después de haber desgajado algunas ramas tiernas de los árboles, se las presenta para que con ellas construya un abrigo que lo defienda de los rayos del sol. El afecto de los elefantes se estiene hasta á sus compañeros, que ocupados á su turno en los trabajos no han podido ir á pacer por el campo. El elefante desocupado recoge con destreza y coloca sobre sus espaldas toda la yerba y hojarasca que puede llevar, y vuelve por la noche al establo, dichoso con haber hecho una buena acción, y anunciando su arribo con gritos que le arranca la alegría.

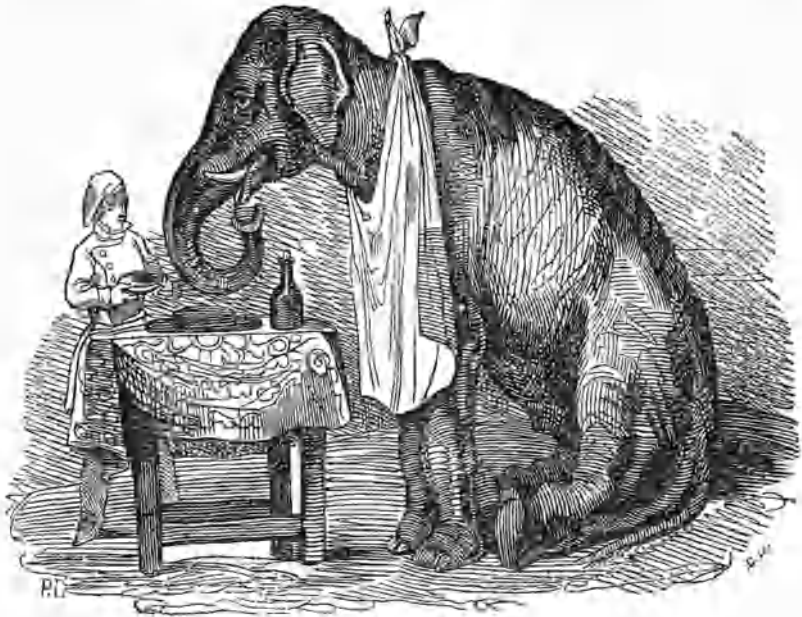
Generalmente este animal, que no multiplica en Cochinchina en estado de domesticidad, ha adquirido ya todo su crecimiento en los bosques. Su cuerpo, cuya altura llega á veces á doce pies, es corto, encogido, desmañado, y cubierto de una piel negruzca, escamosa, áspera, y sucia del fango y polvo que se echa encima para librarse del calor del sol: no obstante, bajo sus formas groseras, oculta el elefante suma agilidad y prodigiosas fuerzas, de las que su instinto le enseña á valerse perfectamente. Sin embargo, en cierta época del año el mismo uso que puede hacer de su fuerza exige la mas atenta vigilancia; pues entra á veces en ciertos accesos de furor terribles: arranca los árboles mas robustos, derriba las casas, despedaza y atropella á sus habitantes, y hasta al mismo *cornac*, cuya voz ya no conoce. Pero este, que es responsable, bajo las mas severas penas de lo que hace su cabalgadura, vigila para que semejantes desgracias no sucedan; cuando las precauciones no han podido tomarse á tiempo, el *cornac* mata al elefante hundiéndole en la parte superior del craneo un ponzo de hierro, del cual va siempre armado, y que en circunstancias ordinarias le sirve de aguijón para apresurar la marcha de su cabalgadura.

El gobierno solo mantiene con grandes gastos estos enormes animales para su servicio, y los

emplea para llevar la artillería y bagajes en los grandes ejércitos. Acaso antes también combatían como entre los antiguos cuando los cochinchineses no conocían las armas de fuego. Pero ahora sus funciones son de un género pacífico, y reunidos hasta cierto número en cada provincia, forman parte de su guarnición.

Los establos, á lo menos los que yo visité cerca de Tusam, dice el capitán Laplace en su *Viage al rededor del mundo*, nada presentan de aquella magnificencia de que hablan los escritores orientales. Consisten en una especie de cochera inmensa

de grande elevacion, circuida de reatas murallas de tierra, y cubierta de hojas de plátano. En ambos lados conté diez comparticiones, separadas unas de otras por gruesas vigas, casi lo mismo que en nuestras grandes caballerizas europeas. En cada compartición el terreno forma un declive, cuya parte superior termina en una convexidad que sirve al animal para descansar la cabeza cuando está echado, y de punto de apoyo cuando quiere volverse á levantar, lo que sin esta precaucion le fuera imposible; pues á mas de la natural dificultad que tiene en sus piernas el elefante para po-



Kionni comiendo.

nerse otra vez en pié, lleva al cuello una fuerte cadena de hierro, fija en un enorme pilar que se añanza hondamente en el suelo.

No vi en tales edificios ni grandiosidad, ni limpieza: interiormente el suelo era desigual y escabroso, y tan ruoso como las paredes, en las que se veían las señales de las lluvias. Exteriormente un infecto charco recibía las inmundicias acarreadas á él por varias zanjás profundas. Los contornos, todos me parecieron devastados; los árboles despojados de sus hojas, y los campos de su verdor. Por lo demás, positivamente sometidos los habitantes á esta plaga, al parecer tenían muy poco á sus vecinos, cuya docilidad mas de una vez habrían experimentado. Sin embargo, esta última cualidad se aviene muy poco con ciertas funciones que la costumbre reservó á los elefantes, y que desempeñan con frecuente y marcada repugnancia. Es necesario que los *cornacs* los escluten para lograr de ellos que magullen con la trompa ó aplas-

ten con los pies á los infelices condenados á semejante suplicio, reservado para los oscuros homicidas, y en particular á las mugeres, cuyos clamores enternecen muchas veces á estos compasivos animales.

Suspendemos el presentar otras relaciones, que acaso en otro artículo daremos, y que podrán dar á los lectores una idea muy elevada de la sugaridad del elefante: la habilidad que en su papel manifestaron *Kionni* y otros actores de su especie, aplaudidos en varios teatros, no fuera de los hechos mas interesantes que pueden citarse.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,

DE DON F. DE P. MELLADO.—EDITOR,

calle del Solto, núm. 11.